



LA GUARDIA CIVIL INVADIO EL CONGRESO

EL TESTIMONIO DE Luis CARANDELL



El vicepresidente para Asuntos de la Defensa es zarandeado e insultado. El presidente dimisionario, Adolfo Suárez, sale en su defensa.

FOTO: EFE

Tejero llegó con 20 guardias civiles como un nuevo Pavía

EL general Pavía, por lo que cuentan, actuó de forma que puede calificarse de versallesca en comparación con su moderna réplica, el teniente coronel Tejero, cuando hizo su famosa entrada en las Cortes. Tejero no iba a caballo, pero lo parecía.

La votación de investidura comenzada minutos antes, se había iniciado por el apellido García y cuando el secretario leía el apellido Muñoz y un segundo apellido que no recuerdo, oímos en el exterior del hemiciclo gritos de alguien que decía «Al suelo, al suelo». El

secretario que leía los nombres de los diputados, el señor Carrascal, permaneció en silencio y tanto en el hemiciclo como en la tribuna, la gente se miró en silencio, como indagando la causa del ruido.

Al poco entraron dos o tres guardias civiles, vestidos en traje de campaña, con metralleta. Pero hasta que llegó el teniente coronel Tejero con unos 20 guardias civiles, no tuvimos conciencia clara de lo que pasaba.

El teniente coronel dio un empujón a Landelino Lavilla, cuando éste quería decir algo y dirigiéndose a la Cámara, donde había excla-

maciones de sorpresa, grito: «¡Silencio!» «¡Que no se mueva nadie!».

Inmediatamente después una voz ordenó que todo el mundo se tumbara en el suelo y comenzó un tiroteo nutrido que duró algo así como treinta segundos. No eran balas de fogueo, que al parecer la Guardia Civil no

las usa, y cuando pudimos volver a levantar la cabeza vimos numerosos desconchados en el estuco pintado con frescos del techo del Palacio del Congreso. Algunas lámparas aparecían rotas y sentimos caer cristales y cascotes sobre nosotros. Alguna persona resultó levemente herida, un invita-

do de la tribuna contigua a la nuestra como consecuencia de una bala rebotada.

En la tribuna de prensa había solamente un guardia civil, un hombre joven con barba a quien le parecía preocupar estar solo con toda la prensa. «¡Subid alguno más!», gritaba, y ordenaba a los periodistas que permaneciesen en el suelo o, al menos, «por debajo de donde yo estoy». Nos autorizó a levantarnos del suelo y a sentarnos al pie del asiento. Luego nos dio permiso para sentarnos en las butacas de la tribuna. Aunque yo estaba medio tumbado en el suelo de la

tribuna, podía ver una parte del hemiciclo. Vi que Suárez y Gutiérrez Mellado permanecieron sentados en su escaño, sin tumbarse en el suelo en ningún momento. En un momento dado, dos números fueron a buscar al diputado Sagaseta y al principio pensamos que le detenían personalmente a él. Resultó que había quedado ligeramente herido y le sacaban sólo para atenderle.

Entre los asaltantes había una persona de paisano, un hombre joven, de cabello negro, que iba vesti-

(Sigue en la pág. siguiente)

● Suárez quiso hablar con el responsable de la acción. Entonces fue zarandeado por un guardia civil. Se soltó y protestó levantando la voz ●

LA GUARDIA CIVIL INVADIO EL CONGRESO



(Viene de la pág. anterior)

do con una cazadora verde. En un momento dado, Suárez se levantó y con un gesto de energía dijo unas palabras que no captamos bien pero que sonaban a algo así como que quería hablar con el responsable de la acción. El presidente en funciones fue zarandeado entonces por un guardia civil y, soltándose con energía, protestó elevando la voz. El hombre de paisano se encontraba en ese momento en la tribuna y apuntando al presidente con la metralleta gritó en tono de advertencia: «Señor Suárez...!»

Finalmente, el teniente coronel Tejero tomó a Adolfo Suárez del brazo y lo sacó del hemiciclo. Creí entender algo así como que autorizaban al presidente a hablar con alguien, pero no conseguí oír exactamente lo que decían.

Un capitán que, junto con Tejero, parecía estar al mando de los veinte guardias civiles que entraron en el hemiciclo, subió a la tribuna y dijo algo así como «Esperen ustedes un cuarto de hora o veinte minutos hasta que venga la autoridad militar competente». Dijo algo así. Este capitán habló luego con nosotros y mandó que se desalojaran las tribunas, tanto la de prensa como las de invitados.

«¿Nos podemos marchar?», preguntaron algunos periodistas. Y el capitán dijo: «¿Usted ha hecho algo? Pues entonces, añadió, puede marcharse.» Luego explicó que «ahora vendrá la

autoridad y dará instrucciones a estos señores», refiriéndose a los diputados.

Los periodistas nos resistimos a marcharnos y preguntamos entonces si estábamos autorizados a salir o bien si salir era para nosotros obligatorio. Hubo una cierta confusión, pero al final pareció prevalecer la orden de abandonar la tribuna igual que lo habían hecho los invitados. Los números de la guardia civil que habían tomado el Palacio parecían muy despistados respecto de lo que estaban haciendo. El guardia de barbas que estaba en la tribuna de prensa ponía esa clásica cara de decir «yo soy un mandao». Otro que vino después, a las preguntas de los periodistas, dijo que «sé tan poco como ustedes».

Sali del Palacio mostrando un par de veces mi credencial de prensa, pero sin que nadie me pusiera inconveniente. Fuera había un nutrido grupo de gente y numerosos periodistas. Cuando abandonamos la tribuna los últimos representantes de la prensa, los diputados y el Gobierno en el banco azul, excepto Suárez que ya había salido, permanecían sentados, lo mismo que la Mesa del Congreso y su presidente, señor Lavilla. El teniente coronel Tejero, moderno Pavía que por su rigor hizo bueno al decimonónico general, permanecía de pie junto a la tribuna, mostrando a la Cámara su desafiante bigote plateado, como una estatua que posara para la gloria.